



Mateo 18, 21-35

Pedro se adelantó y preguntó a Jesús: «Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?»

Jesús le contestó: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Y a propósito de esto, el reino de los cielos se parece a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: 'Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo'. El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda.

Pero, al salir, el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba, diciendo: 'Págame lo que me debes'. El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba, diciendo: 'Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré'. Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: '¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?' Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda.

Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano».

GUÍA PARA ACOGER EL EVANGELIO ¿Cuánto tengo que perdonar?

Una invitación a dejar que el Evangelio entre en nuestra vida

No se trata solamente de entender lo que Jesús dice.

Se trata de **dejar que su Palabra me encuentre**, descubrir qué despierta en mí y preguntarme hacia dónde me quiere conducir.

Busca un lugar tranquilo. No tengas prisa.

1. DETENERSE

Hago espacio dentro de mí

Antes de leer, me detengo.



Siéntate cómodamente.
Apoyo los pies en el suelo.
Cierro los ojos si me ayuda.
Respiro lentamente.

Inspira...

y suelta el aire.

Lo hago varias veces, sin forzar.

Dejo por un momento lo que estoy haciendo, lo que me preocupa, lo que tengo pendiente.

Simplemente **estoy aquí.**

Puedo decir interiormente:

«Señor, aquí estoy.»

Permanezco unos instantes en silencio.

No tengo que conseguir nada.

Solo estar.

2. LEER Y RECONOCER

¿Qué despierta en mí la Palabra?

Leo despacio Mateo 18,21-35.

No intento explicarlo todavía.

Leo y escucha.

Al terminar, me quedo un momento en silencio y observa:

¿Qué palabra, frase o escena me ha tocado especialmente?

Puede aparecer:

- una preocupación;
- una resistencia;
- enfado;
- tristeza;
- paz;
- recuerdo de una persona;
- deseo de perdonar;
- necesidad de ser perdonado;
- o simplemente nada especial.

No juzgo lo que aparece.

Solo lo reconozco.

Me pregunto:

¿Qué ha movido este Evangelio dentro de mí?

Y quizá puedo identificar una persona o situación que aparece espontáneamente.

No la rechazo.

La miro delante del Señor.

3. DESCUBRIR

¿Hacia dónde me conducen estos movimientos?

Ahora miro con un poco más de profundidad.



Si aparece dolor:

¿Qué me está diciendo ese dolor?

Si aparece enfado:

¿Qué hay detrás de mi enfado?

Si aparece resentimiento:

¿Qué sigo llevando dentro?

Si aparece deseo de perdonar:

¿Qué paso comienza a pedirme el Señor?

Y si aparece resistencia:

¿Qué me cuesta aceptar?

No busco rápidamente una respuesta.

Me quedo con aquello que más me afecta.

Quizá descubro que llevo tiempo:

recordando, acumulando, juzgando, llevando cuentas...

O quizá descubro que yo también necesito experimentar el perdón.

Dejo que aparezca una pregunta sencilla:

«Señor, ¿qué quieres mostrarme hoy?»

4. ESCUCHAR

¿Qué me está diciendo el Señor?

Ahora vuelvo a mirar a Jesús.

No me quedo solamente con:

«Tengo que perdonar.»

Escucho algo más profundo:

«También yo he sido perdonado.»

Recuerdo mis propias fragilidades.

Mis errores.

Las veces que he necesitado comprensión.

Las veces que otros han tenido paciencia conmigo.

Las veces que Dios me ha dado una nueva oportunidad.

Me dejo alcanzar por esta Buena Noticia:

No tengo que ganarme el amor de Dios.

Ya soy alcanzado por su misericordia.

Desde ahí, escucho:

¿Qué me está pidiendo hoy Jesús?

Quizá no me pide resolverlo todo.

Quizá solamente me invita a **dar un primer paso.**

5. RESPONDER DESDE EL CORAZÓN

¿Qué quiero hacer con lo que he descubierto?

No pienso en grandes propósitos.

Busco un paso concreto.

Puede ser:

- dejar de alimentar un resentimiento;



- pedir perdón;
- aceptar el perdón de alguien;
- dejar de juzgar;
- hablar con una persona;
- renunciar a devolver el daño;
- comenzar a perdonarme;
- pedir al Señor que vaya sanando una herida.

Me pregunto:

«¿Qué puedo hacer hoy?»

No mañana.

Hoy.

Y hablo con Jesús con mis propias palabras.

Puedo decirle:

«Señor, esto es lo que llevo dentro...»

Se lo cuento tal como es.

Sin quedar bien.

Sin esconder nada.

Y termino diciendo:

«Ayúdame a dar el paso que hoy puedo dar.»

Me quedo unos instantes en silencio.

6. COMPARTIR

Lo que recibo no es solamente para mí

Si tengo oportunidad, comparto lo que el Evangelio ha despertado en mí.

No hace falta contar toda mi historia.

Puedo compartir solamente una de estas tres cosas:

Una palabra:

¿Qué palabra del Evangelio me ha tocado?

Un descubrimiento:

¿Qué he visto en mí que antes no veía?

Una llamada:

¿Qué siento que el Señor me invita a vivir?

Escucho también lo que las otras personas han descubierto.

No intento corregirlas.

No les doy inmediatamente consejos.

Escucho.

Quizá descubras que el mismo Evangelio ha hablado de manera diferente a cada uno.

Y eso también es parte de la experiencia de comunidad.